

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Marcelino Oreja Aguirre

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO, LEALTAD A ESPAÑA, A LA CONSTITUCIÓN Y A LA CORONA

Querida María Teresa, hijos de D. Sabino Fernández Campo, Sra. y Sres. Académicos:

Después de la intervención de mis compañeros, que han glosado tan bellamente rasgos de la vida y la personalidad de nuestro Presidente, me corresponde ahora decir unas últimas palabras, evocando algunos recuerdos personales de quien fue mi amigo durante tantos años, que remontan a la etapa en la que trabajamos en los gabinetes de los ministros del Ejército y de Exteriores en los años sesenta —él trabajó con seis Ministros y se hizo imprescindible para todos ellos—, luego en la Comisión de Subsecretarios, más tarde recorriendo juntos muchos países para acompañar a los Reyes de España y últimamente aquí en la Academia.

Siempre es doloroso y frustrante intentar sintetizar en unas palabras tan largo recorrido con una persona muy querida, y no puedo ocultar la emoción que siento. Lo primero que recuerdo de él es la confianza que inspiraba nada más conocerle. Confianza, tranquilidad y serenidad.

Nunca tenía prisa. Escuchaba. Y cumplía. Yo acudí muchas veces a él para pedirle consejo. Sus observaciones eran claras, concisas, sin afectación, con naturalidad. Sabía además poner distancia objetiva ante cualquier situación. Era también un dialogante ameno, con sentido del humor, y ante preguntas inoportunas encontraba salidas agudas e inteligentes. Una característica suya era el interés constante por los demás, sin afectación; atendía cualquier petición y desdramatizaba cualquier exageración que pudiera causar efectos no queridos.

Se caracterizó siempre por ser un contertulio ideal, y por eso era tan requerido. Mezclaba sucesos con anécdotas y lo hacía con gracia, con ingenio y con bondad. No hería nunca, pero, eso sí, si le pedían consejo decía lo que pensaba, con tranquilidad, pero con firmeza, aunque no coincidiera con lo que su interlocutor quería escuchar.

En la Administración, en la política, en la Casa Real, fue siempre un hombre de sólidos principios, que supo sobrevivir a las peores tormentas con dignidad y grandeza, sin ceder nunca en sus convicciones profundas, aunque fuera a costa de sacrificios e incomprensiones.

En la Zarzuela emprendió la gran transformación: creó las oficinas, los equipos, los usos y los comportamientos de la Jefatura del Estado de la democracia, y ahuyentó cuanto pudo a los arribistas que se acercaban a palacio. Dirigió a funcionarios neutrales sin más títulos que la lealtad, la honradez y la eficacia.

Impulsó la imagen moderna y sencilla de la Monarquía alejándola de tentaciones ostentosas y frívolas. La crudeza de sus consejos era sólo comparable a su entrega incondicional.

Por eso se entiende que el Rey le dedicara la fotografía en la que aparece con él en su despacho con palabras bien expresivas: “A mi queridísimo, leal, fiel colaborador, Secretario, amigo, jefe o lo que sea, poco queda ya... con el fortísimo abrazo, con el cariño y afecto de Juan Carlos”.

Dos constantes de Sabino Fernández Campo fueron su preocupación por la concordia nacional y su lealtad. Él, que había sufrido la guerra, luchó en la paz por la concordia entre los españoles. Y recibió testimonios constantes de consideración y respeto de las diversas laderas del escenario político. Se definió a sí mismo como reformista moderado y postuló que la evolución de nuestro país discurriera dentro de unas normas, desde el marco de la ley vigente en cada momento.

Como dijo de él con acierto su paisano Aurelio Menéndez: “en Sabino destaca el valor de la entrega moral al servicio de la patria. Une a la personalidad del militar los valores intelectuales propios del talento universitario”.

Su otra condición fue la lealtad. Lealtad a España, a la Constitución, a la Corona. Y, con serenidad y con firmeza, mantuvo siempre su espíritu de sacrificio a toda prueba, incluso responsabilizándose de culpas, que asumía como propias, para descargar a otros de ellas.

En la Academia, después de su discurso sobre “Una relectura del Príncipe de Maquiavelo”, nos ilustraba con intervenciones sobre la función Real en España,

la Sucesión a la Corona, las Fuerzas Armadas, que él conocía tan a fondo. En los últimos años insistió muchas veces en el papel que la Constitución otorga al Rey, en el art. 62, de ejercer el Alto Patronazgo de las Reales Academias. Y se preguntaba si no sería aconsejable que, con base a este precepto, fuera más próxima y frecuente la relación de S.M. con estas entidades, contribuyendo así a formar su criterio a efectos principalmente del ejercicio del poder moderador.

Su Presidencia en esta casa, que viví muy de cerca, fue un ejemplo de ecuanimidad, discreción y eficacia, fiel a la máxima de San Francisco de Sales: “la mirada alta, el camino difícil. La manera de andar sin que se note”.

Este asturiano ejemplar tuvo muchísimos amigos y unos muy queridos hijos y, en los últimos años de su vida, tuvo la compañía constante de María Teresa, su mujer, esposa ejemplar, atenta, cuidadosa, vigilante, que le hizo feliz y nos hizo felices a los que tuvimos el privilegio de compartir tantos momentos con ellos. Los dos juntos lograron construir un reducto de felicidad que permitió a Sabino salir de situaciones difíciles, permanecer activo intelectualmente y aportar su consejo agudo cuando se le solicitaba.

El Rey distinguió a Sabino Fernández Campo con la Grandeza de España. Lo fue en el sentido más pleno. Siempre perdurará su recuerdo entre nosotros y para mí será un ejemplo que me esforzaré siempre en seguir.

Evocando su célebre frase, los compañeros de la Academia podíamos decir de él: que está y se le espera.

